

Diálogo de un Físico y de un Metafísico: Traducción, nota introductoria y notas

Dialogue of a Physical and a Metaphysical: Translation, introductory note and notes

CRISTINA CORIASSO MARTÍN-POSADILLO 
ccoriass@ucm.es / Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: A la traducción anotada al castellano del *Dialogo di un Fisico e di un Metafisico*, considerada por Mario Fubini como la más importante de las *Operette morali*, se añade una nota introductoria de la traductora, que enfoca la lectura en relación con la cuestión de la inmortalidad immanente en conexión con cierta deriva neo-positivista contemporánea, de la que el texto leopardiano constituye una eficaz crítica.

Palabras clave: *Operette morali*; Metafísico; Traducción; Inmortalidad; Quirón

Abstract: To the annotated translation into Spanish of the Dialogo di un Fisico e di un Metafisico, considered by Mario Fubini to be the most important of the Operette morali, is added an introductory note by the translator, who focuses the reading in relation to the question of immanent immortality in connection with a certain contemporary neo-positivist drift, of which Leopard's text constitutes an effective critique.

Keywords: *Operette morali*; *Metaphysician*; *Translation*; *Immortality*; *Chiron*

Recibido: 13 noviembre 2024 / Aceptado: 6 diciembre 2024 / Publicado: 30 diciembre 2024



Escrito entre el 14 y el 19 de mayo de 1824, el *Diálogo de un Físico y de un Metafísico* afronta, entre otros, un tema que caracteriza la corriente más radical de la actual concepción neo-positivista o trans-humanista, a saber, la suposición de la posibilidad de una eternidad inmanente que trascienda el cuerpo, o, al menos, de un control casi total de la materialidad a través de una técnica que alargue la vida casi al infinito. El Físico ha descubierto el arte de vivir mucho tiempo, pero el Metafísico, a través de una serie de reflexiones, demuestra que no es la vida en sí misma lo que el hombre desea, sino una vida feliz, la cual, dada la teoría del placer, es inalcanzable para la humanidad. Como pone de relieve Laura Melosi en su comentario (Leopardi, 2008, p. 233), no es baladí que para Mario Fubini sea “especulativamente la más importante de las *Operette*” (Leopardi, 1979, p. 126). La inspiración proviene, como es sabido, de un razonamiento muy lúcido en *Zibaldone* 352, en el que, dadas las lecciones del alemán Hufeland sobre el arte de prolongar la vida (en particular la vida del Papa), Leopardi escribe: “Primero sería necesario enseñar a hacer feliz la vida y, solo entonces, enseñar a prolongarla”.

La estructura silogística del razonamiento del Metafísico podría resumirse así: el Físico afirma que la vida es un bien en sí mismo que el hombre ama naturalmente. El Metafísico, sin embargo, explica que el hombre no ama la vida naturalmente, sino su propio placer, al que llama felicidad, y que, por tanto, la vida solo es amable como instrumento para alcanzar la felicidad. Pero como la vida del hombre es irremediabilmente infeliz por naturaleza –dado que la naturaleza, al menos la de los hombres, comporta que la vida y la infelicidad no puedan separarse–, debemos concluir (algo que Leopardi deja deducir al lector) que sería absurdo que el hombre amara la vida por sí misma, tal como es, es decir, infeliz por naturaleza.

El Metafísico nos explica que, en la práctica, estos razonamientos no impiden a la mayoría de los hombres creer en la bondad de la vida, al mismo tiempo que recuerda que el suicidio, en la antigüedad y en la actualidad, es una prueba de que, sin embargo, esta creencia no es ni absoluta, ni necesaria, ni insuperable. La pregunta del Físico –interrumpiendo esta primera parte de la obra, más especulativa, ya que, según él, los habría llevado a unas conclusiones “demasiado melancólicas”– nos introduce de lleno en el tema de la inmortalidad, que se expresa a través de esta pregunta: “[...] si el hombre viviese y pudiese vivir eternamente, es decir, sin morir, y no después de muerto, ¿crees tú que no le gustaría?”. El tipo de eternidad de la que se habla –una eternidad inmanente, corpórea y secular– es el punto cardinal alrededor del cual van a girar todas las respuestas “míticas” que el Metafísico esgrime como crítico acérrimo del punto de vista del Físico, es decir, del hombre de ciencia y exponente del positivismo. La respuesta del Metafísico nos sumerge en aquel método que, como en el diálogo platónico (que luego retomaría Nietzsche) filosofa con el mito: “A un supuesto fabuloso responderé con alguna fábula”.

De entre ellas nos gusta resaltar la que mejor saca a colación el argumento contra la vida eterna inmanente, soñada por los hombres de ciencia (los físicos, podríamos decir). Con una hilaridad mezclada con cierta solemnidad, el Metafísico recuerda que el sabio Quirón, que era dios, con el paso del tiempo se aburrió de la vida, pidió permiso a Júpiter para poder morir, y murió. La nota leopardiana, unida a este paso, nos remite a *Quirón y Menipo*, uno de los *Diálogos de los muertos* de Luciano. En él, Quirón pide a Zeus la gracia de la muerte, pues el aburrimiento (*noia*) de su eterna estancia en Hades le lleva a desearla (y no así la legendaria herida incurable de Heracles): la verdadera vida, la vida deseable, no puede consistir en una duración eterna, pues lo eterno es, por definición, repetitivo. Los intervalos ilimitados de tedio, que en un eterno “más allá” se imaginan perennes, son lo contrario de la vida, es decir, son la muerte en vida. El mito, a través de la metáfora del centauro, que renuncia a la inmortalidad por aburrimiento, nos ayuda a comprender la imposibilidad metafísica de una infinitud deseante; imaginando lo imposible (y el “más allá” pagano de los clásicos es perfecto para ello), nos acercamos a la única extensión de la vida que vale la pena –no la que atañe a su duración, sino a su intensidad– y este es el horizonte del que podemos disfrutar como lectores

de este diálogo, inventando cada día, leopardianamente, el arte mediante el cual las sensaciones y acciones se multiplican en nuestras vidas, en número y fuerza.

Físico: ¡*Eureka, eureka!*¹

Metafísico: ¿Qué hay? ¿Qué has encontrado?

Físico: El arte de vivir muchos años².

Metafísico: ¿Y este libro que traes?

Físico: Aquí lo declaro y por esta invención, si los demás logran vivir largos años, yo viviré por lo menos eternamente; quiero decir que alcanzaré gloria inmortal.

Metafísico: Haz como te digo. Toma una cajita de plomo, mete en ella este libro, entiérrala y antes de morir acuérdate de dejar dicho el lugar, de manera que se pueda ir allí y sacar el libro cuando se encuentre el arte de vivir feliz.

Físico: ¿Y mientras tanto?

Metafísico: Mientras tanto no servirá para nada. Más lo apreciaría si contuviese el arte de vivir poco.

Físico: Ese arte se conoce desde hace tiempo y no fue difícil descubrirlo.

Metafísico: De cualquier manera lo aprecio más que el tuyo.

Físico: ¿Por qué?

Metafísico: Porque si la vida no es feliz, que hasta ahora no lo ha sido, más vale que sea breve y no larga.

Físico: ¡Oh no, eso no! Porque la vida es un bien por sí misma y cada cual la desea y la ama naturalmente.

Metafísico: Así lo creen los hombres, pero se engañan, como el vulgo se engaña pensando que los colores son cualidades de los objetos cuando no lo son de los objetos sino de la luz. Digo que el hombre no desea y no ama sino su propia felicidad. Por tanto no ama la vida sino en cuanto la considera instrumento o fundamento de esa felicidad. De manera que, en rigor, viene amando a esta y no a aquella, aunque a menudo atribuya a la una el amor que siente por la otra. Es verdad que este engaño y el de los colores son ambos naturales. Pero que el amor a la vida en los hombres no sea algo natural, es decir, que no sea necesario, lo ves en el hecho de que muchos en la antigüedad eligieron morir pudiendo vivir, y muchísimos, en nuestro tiempo, desean la muerte en diferentes casos, y algunos se quitan la vida por sí mismos. Cosas que no podrían darse si el amor a la vida fuese, por sí mismo, naturaleza del hombre. Así como, siendo

¹ Famosas voces de Arquímedes cuando descubrió la vía para conocer el hurto realizado por el artífice al fabricar la corona votiva del Rey Hierón [nota de Leopardi].

² Los apasionados de este arte podrán, en efecto, no sé si aprenderla, pero sí estudiarla ciertamente en varios libros, tanto modernos como antiguos: como, por ejemplo, en las *Lecciones del arte de prolongar la vida humana*, escritas en nuestro tiempo en alemán por el señor Hufeland, traducidas y editadas en Italia. Una nueva manera de adulación fue la de cierto Tommaso Giannotti, médico en Rávena, llamado con el sobrenombre de “el filólogo”, que fue famoso en su tiempo; el cual, en el año 1550, le escribió a Julio III, que acababa de llegar ese mismo año al pontificado, el libro *de vita hominis ultra CXX annos protrahenda*, muy a propósito para los Papas como aquellos que, cuando empiezan a reinar, son ya de anciana edad. Sería un libro para reírse si no fuese oscurísimo. Dice el médico que lo ha escrito con la finalidad principal de prolongar la vida del nuevo pontífice, necesaria para el mundo; animado a escribirlo también por dos cardenales que buscaban el mismo efecto. En la dedicatoria, *vives igitur, dice beatissime pater, ni falor, diutissime*. Y en el cuerpo de la obra, habiendo buscado en un capítulo entero *cur Pontificum supremorum nullus ad Petri annos pervenerit*, titula otro de esta manera: *Iulius III papa videbit annos Petri et ultra; huius libri, pro longaeva hominis vita ac christianae religionis commodo, immensa utilitate*. Pero el Papa murió cinco años después, a la edad de sesenta y siete. En cuanto a él mismo, el médico demuestra que si el Papa no llegara o superara los cuarenta años de edad, no sería por su culpa, y sus preceptos no deberían despreciarse por ello. El libro concluye con una receta titulada: *Iulii III vitae longaevae ac semper sanae consilium* [nota de Leopardi].

la naturaleza de cada ser viviente el amor por su propia felicidad, caería el mundo antes de que alguno de ellos dejase de amarla y buscarla a su manera. Por otra parte, que la vida sea un bien por sí misma, espero que tú me lo demuestres con razones o físicas o metafísicas o de cualquier disciplina. Por mi parte, digo que la vida feliz sería un bien sin duda pero en tanto que feliz, no en tanto que vida. La vida infeliz para el ser infeliz es un mal. Y puesto que la naturaleza, al menos la de los hombres, conlleva que la vida y la infelicidad no puedan desacompañarse, concluye tú mismo lo que de esto se sigue...

Físico: Por favor, dejemos esta materia, que es demasiado melancólica y, sin tantas sutilezas, respóndeme sinceramente: si el hombre viviese y pudiese vivir eternamente, es decir, sin morir, y no después de muerto, ¿crees tú que no le gustaría?

Metafísico: A un presupuesto fabuloso responderé con alguna fabula: tanto más porque no he vivido nunca eternamente, así que no puedo responder por experiencia; ni tampoco he hablado con alguien que fuese inmortal; y, más allá de estas fábulas, no hallo noticias acerca de personas de esta categoría. Si estuviese aquí presente Cagliostro³, quizá podría iluminarnos un poco, habiendo vivido unos cuantos siglos, aunque no parece que fuese inmortal, ya que después murió como los demás. Diré, por tanto, que el sabio Quirón, que era dios, con el paso del tiempo se aburrió de la vida, obtuvo licencia de Júpiter para poder morir y murió⁴. Ahora bien, considera esto: si la inmortalidad disgusta a los Dioses, qué le haría los hombres. Los hiperbóreos, pueblo desconocido pero famoso, a los cuales no se puede llegar ni por tierra ni por agua, ricos de todos los bienes y dueños especialmente de bellísimos asnos, de los cuales suelen hacer hecatombe; pudiendo, si no me engaño, ser inmortales –porque no tienen enfermedades, ni trabajos, ni guerras, ni discordias, ni carestías, ni vicios, ni culpas–, pese a ello mueren todos, porque al llegar a los mil años o cerca, hartos de la tierra, desde cierta roca saltan espontáneamente al mar y se ahogan⁵. Añade esta otra fábula: Bitón y Cleobis, hermanos, un día de fiesta que no estaban preparadas las mulas, uncidos al carro de la madre, sacerdotisa de Juno, y conduciéndola al templo, esta suplicó a la diosa que compensase la piedad de los hijos con el mayor bien que pueda tocarles a los hombres. Juno, en vez de hacerles inmortales como habría podido y como entonces se acostumbraba, hizo que poco a poco el uno y el otro murieran en aquella misma hora. Lo mismo les ocurrió a Agamedes y a Trofonio. Terminado el templo de Delfos, solicitaron a Apolo que les pagase, y este respondió que lo haría en siete días, y que, mientras tanto, se dedicaran a banquetear a sus expensas. La séptima noche les envió un dulce sueño del cual aún no se han despertado, y, obtenida esta paga, no reclamaron ninguna otra. Pero ya que estamos con las fábulas, he aquí otra, en torno a la cual te quiero proponer una cuestión. Yo sé que hoy vuestros iguales⁶ dan por segura la afirmación de que la vida humana en cualquier país habitado y bajo cualquier cielo dura naturalmente, exceptuando pequeñas diferencias, una misma cantidad de tiempo, considerando a cada pueblo en general. Pero algún buen antiguo⁷ cuenta que los hombres de algunas partes de India y de Etiopía no sobreviven más allá de los cuarenta años; quien muere a esta edad muere viejísimo y las muchachas de siete años están ya en edad de tener marido. Fenómeno, este último, que sabemos que, poco más o menos, se verifica en Guinea y en Decán y en otros lugares sometidos a la zona tórrida. Por tanto, presuponiendo que sea cierto que hay una o más naciones en las que los hombres regularmente no superan los cuarenta años de vida y que esto suceda por

³ Cagliostro, sobrenombre asumido por Giuseppe Balsamo (1743-1795), aventurero, médico y alquimista, que afirmaba haber encontrado la fórmula del elixir de la eterna juventud y haber vivido varios siglos.

⁴ Véase Luciano, *Diálogo Menipo y Quirón*, vol. I, p. 514 [nota de Leopardi].

⁵ Píndaro, *Píticas*, Oda 10, v. 46 y ss.; Estrabón, libro 15, p. 710 y ss.; Pomponio Mela, libro 3, cap. 5; Plinio, libro 4, cap. 12 al final [nota de Leopardi].

⁶ Los físicos.

⁷ Plinio, libro 6, cap. 30; libro 7, cap. 2; Flavio Arriano, *Historia índica*, cap. 9 [nota de Leopardi].

naturaleza, no por otras razones, como se ha creído de los hotentotes, te pregunto, con respecto a esto: ¿te parece que dichos pueblos deban ser más miserables o más felices que los demás?

Físico: Más miserables, sin duda, puesto que mueren antes.

Metafísico: Yo creo lo contrario, justamente por la misma razón. Pero la cuestión no reside en esto. Pon atención. Yo negaba que la pura vida, es decir, el simple sentimiento de existir fuese algo amable y deseable por naturaleza. Pero aquello que quizá con mayor dignidad tiene el nombre de vida, es decir la abundancia y la eficacia de las sensaciones, es naturalmente amado y deseado por todos los hombres: porque cualquier acción o pasión viva y fuerte, siempre que no sea penosa o dolorosa, solo con ser viva y fuerte, nos resulta grata, aun careciendo de cualquier otra cualidad agradable. Ahora bien, en esa especie de hombres cuya vida se consumase naturalmente en el espacio de cuarenta años, es decir, en la mitad de tiempo destinado por la naturaleza a los demás hombres, esa vida en cada una de sus partes sería el doble de viva que la nuestra; ya que, teniendo estos que crecer y llegar a perfección e igualmente envejecer y desaparecer en la mitad de tiempo, las operaciones vitales de su naturaleza, proporcionalmente a esta celeridad, serían en cada instante el doble de fuertes respecto de lo que ocurre en los otros; y también sus acciones voluntarias, su movilidad y su vivacidad extrínseca, se corresponderían con esta mayor eficacia. De manera que tendrían en un menor espacio de tiempo la misma cantidad de vida que tenemos nosotros. Una vida que, distribuyéndose en un menor número de años, bastaría para llenarlos o dejaría muy pocos vacíos, mientras que no sería suficiente al doble de espacio; y los actos y las sensaciones de estos seres, al ser más fuertes y estar recogidos en un ciclo más corto, serían casi suficientes para ocupar y vivificar toda su duración, mientras que en nuestra duración, mucho más larga, quedan numerosos y enormes intervalos vacíos de toda acción y afección vivas. Y ya que no simplemente el ser, sino solo el ser feliz es deseable, y la buena o mala suerte de quien sea no se mide por el número de los días, yo concluyo que la vida de aquellas naciones que, cuanto más breve, tanto menos pobre de placer sería —o de eso que con ese nombre es llamado— se podría anteponer a nuestra vida y también a aquella de los primeros reyes de Asiria, de Egipto, de China, de India y de otros países, que vivieron, por volver a las fábulas, miles de años. Por ello, yo no solo no me preocupo de la inmortalidad y me alegro de dejársela a los peces —a los cuales se la concede Leeuwenhoek, siempre que no sean devorados por los hombres o por las ballenas—; pero, en vez de retrasar o interrumpir la vegetación de nuestro cuerpo para alargar la vida, como propone Maupertuis,⁸ quisiera que la pudiésemos acelerar de manera que nuestra vida se redujese a la medida de aquella de algunos insectos llamados efímeros, de los que se dice que los más viejos no superan la edad de un día y aun así mueren bisabuelos y tatarabuelos. En cuyo caso creo que no quedaría lugar para el aburrimiento. ¿Qué piensas de este razonamiento?

Físico: Pienso que no me convence, y que, si tú amas la metafísica, yo me atengo a la física. Quiero decir que si tú te fijas en sutilezas yo veo las cosas por encima y con esto me contento. Y sin sacar el microscopio, considero que la vida es más bella que la muerte, y le doy a esta el pomo, mirándolas a ambas vestidas.⁹

Metafísico: Así lo considero yo también. Pero cuando me vuelve a la cabeza la costumbre de esos bárbaros que por cada día infeliz de su vida echaban en un carcaj una piedrecita negra y para cada día feliz una blanca,¹⁰ pienso qué pocas blancas es verosímil que se encontrasen en esas aljabas tras la muerte de cada cual, y qué gran número de negras. Y deseo tener ante mí todas las piedrecitas de los días que me quedan y, separándolas, tener la facultad de tirar todas

⁸ *Lettres philosophiques*, carta 11 [nota de Leopardi].

⁹ La frase se refiere al juicio de Paris, que debía otorgar la manzana de la discordia a la más bella entre Juno, Minerva y Venus.

¹⁰ Suidas, vocablo *Λευχή ἡμέρα* ‘diario’ [nota de Leopardi].

las negras y sacarlas de mi vida, reservándome solo las blancas, aunque sepa que no serían muchas y que su blanco sería turbio.

Físico: Muchos otros, aunque todas las piedrecitas fuesen negras y más negras que la piedra de toque, querrían poder añadir otras, aunque fuesen del mismo color, porque tienen por cierto que ninguna piedrecita es tan negra como la última. Y estos, entre los cuales me encuentro yo, podrán añadir en efecto muchas piedrecitas a su vida usando el arte que se muestra en este libro mío.

Metafísico: Que cada cual piense y obre según su talento: que tampoco la muerte dejará de hacerlo a su manera. Pero si tú quieres, prolongando la vida, beneficiar a los hombres verdaderamente, encuentra el arte por el que se multipliquen en número y gallardía sus sensaciones y sus acciones. De esa forma acrecentarás de verdad la vida humana; y, llenando aquellos desmesurados intervalos de tiempo en los que nuestro ser es más bien durar que vivir, te podrás jactar de prolongarla. Y ello sin ir en busca de lo imposible o violentar a la naturaleza, es más, secundándola. ¿A ti no te parece que los antiguos vivían más que nosotros, también porque, debido a los peligros continuos y graves que solían correr, a menudo morían antes? Y beneficiarás enormemente a los hombres cuya vida siempre fue, no diré feliz, pero sí tanto menos infeliz cuanto más intensamente agitada y más ocupada, sin dolor ni molestia. Pero llena de ocio y de tedio, que es lo mismo que decir vacua, da lugar a creer cierta la sentencia de Pirrón, que dice que de la vida a la muerte no hay divergencia. Lo cual, si yo lo creyese, te juro que la muerte me asustaría no poco. En conclusión, la vida debe ser viva, es decir, verdadera vida, o la muerte la supera incomparablemente en valor.

Referencias bibliográficas:

- Leopardi, G. (1979). *Operette morali seguite da una scelta dei "Pensieri"* (M. Fubini, cur.). Torino: Loescher.
 — (2008). *Operette morali* (L. Melosi, cur.). Milano: Rizzoli.